

RAY

MIGUEL CAMPOS FAÚNDEZ

Ya no pudo contener ni un minuto más su desgracia. Entregado a los deliberados sueños y al noctámbulo devenir de los días, era imposible recuperar lo perdido.

Tomábase la cabeza, sus ojos aún cerrados, sentado en la silla de mimbre cubierto hasta la nuca, meditaba una y otra vez. El mate que sorbe se le enfría. Sus manos, que eran blancas, estaban cambiando de color. Su mente estaba corrompida. Los deseos de destruirse estaban cada vez más cerca, no así luchaba en vano para poder lidiar el sueño. Todas las noches eran un cúmulo demacrado de ojeras y una montaña de ideas sin cometer. Exasperado en el cuatro por tres daba con su cabeza de un lado a otro, zigzagueando daba duro hasta sangrar y, al verse desvanecer, caía de golpe. Remataba siempre con el velador o con la tasa de baño. Pesadamente se levantaba y sumergía su sangrante cabeza en la tina, que preparaba todas las noches como parte de su rutina nocturna. Si bien lo hacía con cierta lucidez, horas más tarde su mente era incapaz de recordarlo. Semanas, acaso meses, eran suficientes para una sentencia.

Si los cambios de la vida no fueran tan sorprendidos, uno podría prever el dolor, evitar la angustia y la melancolía, pero esa es precisamente la idea, sufrir, sufrir física y moralmente, a tal punto, que se sienta en lo más profundo del ser el hálito de la muerte.

Se levantó, caminó a la ventana, volaron las enjutas palomas grises que llevaban en sus magulladas alas el nefasto desenlace. Miró hacia abajo el súbito viaje y vio los pequeños autos...

Tintineaba ya la campanilla del minimarket y en los bolsillos del abrigo las manos comenzaron a sudar. El rostro había dejado de fluir sangre. Paseaba distraído por los angostos pasillos como si fuese a comprar algún refresco, pero no, claramente no era su intención. Luego tomó con mano trémula un jugo de los mejores, de esos energizantes con sabor a fruta exótica. No quería levantar sospechas. Paso a paso se acercaba a la caja. Su mano, la que tomaba la botella, húmeda, la otra, apretaba firmemente la empuñadura del punto treinta y ocho.

Tintineaba ya la campanilla del minimarket y el cajero devolvía el excedente a un pequeño anciano, sobre éste clavó su perspicaz mirada, en el hombre del abrigo gris, miró velozmente su reloj: 12:15 y de inmediato el termómetro que estaba detrás de sí, éste marcaba lo suficiente para llevar camisa. La pequeña deducción lo llevó al mesón del costado y observándolo de revés, sin quitar un ojo de encima, aparentaba hacer alguna tarea necesaria. Inquieto lo veía pasearse por un pasillo y por otro, y él seguía en su aparente trabajo, hasta que pasó lo que sospechaba: el hombre se acercaba. Decidido, abrió cuidadosamente el cajón. Su espalda transpiraba y sus manos suda-

das tomaban con suma preocupación un revólver. Si la temperatura era de 29, ya en su cuerpo comenzó a subir. El hombre del mesón pensaba no dudar en apretar gatillo y hacer estallar la cabeza de aquel tipo. Ya estaba a cinco pasos de él... En su mano derecha la botella, la otra en el bolsillo.

Tintineaba ya la campanilla del minimarket cuando de pronto una hermosa mujer al cruzar la puerta tropezó y cayó bruscamente al suelo golpeando con la cerámica. Tendida e inconsciente, la sangre comenzó a aparecer. Los dos hombres se miraron confundidos y ninguno atinaba a decir palabra, hasta que el sujeto del abrigo guardó su revólver y se dispuso a atender a la joven mujer.

Se abrieron las puertas del hospital y velozmente entraba la camilla con la muchacha inconsciente. Raymundo se hizo pasar por su pareja y la acompañó en la ambulancia desde al minimarket hasta el Centro de Urgencias. Al ver la belleza de la joven y movido como por algo que no se explicó en el minuto, la acompañó sin reparar en nada.

Ray sufría trastornos incontrolables y vivía atormentado. Había perdido hace algún tiempo a el que fue su única mujer. Ella viajaba en tren hacia el sur, pero el descarrilamiento del vagón terminó por truncar su viaje dejándola sepultada bajo los escombros. El hecho fue noticia en el país. Ray no creía lo sucedido y sin poder contener su dolor, decidió alejarse y vivir por un tiempo en una pequeña habitación. El aislamiento lo transportaba a un maravilloso pasado junto a su adorada Isabel.

En la sala de espera quedó el del abrigo gris, Raymundo. Sentado meditaba sobre el deseo impetuoso que experimentó cuando se detuvo en la ventana de su habitación a mirar fijamente los autos. Sentía que todo estaba fuera de lugar y que cada día transcurría sin sentido desde que Isabel se fue para siempre. “Nada de esto es para mí”, pensaba.

Mientras dormitaba la enfermera le dio la noticia de la muchacha. Le dijo que ella se encontraba bien y que ahora le darían de alta. Estaba nervioso al no saber cómo reaccionaría la joven después de verlo. Evidentemente, jamás se habían cruzado. Ella, frente a una ventanilla firmaba un pequeño papel y Ray se encontraba presto a saludarla cuando volteara. Acabó de firmar. La miraba él sin articular palabra. La enfermera presentaba al muchacho que la había traído y ella con una dulce sonrisa daba la mano y miraba fijamente a Ray con gesto de gratitud. Cuando sintió la piel, su cuerpo se estremeció. Sintió la suavidad y aquella caricia evocó un recuerdo vivo. No sabiendo cómo reaccionar, soltó la mano de la mujer. Ella le preguntó su nombre y éste respondió tímidamente: “Ray, Raymundo es mi nombre”, y ella con la belleza de una bailarina de Degas, le respondió: “Isabel, Isabel el mío”. Ray

sintió como se contraía su cuerpo y su corazón al oír aquel nombre.

Ray e Isabel caminaron juntos hasta la salida sin decir nada. Calladamente llegaron a la puerta principal y ella le agradeció el gesto humano de haberla traído al hospital. Ray preguntó si se verían nuevamente y ella dijo que tal vez. Caminó, tomó el taxi y éste quedó parado pensando profundamente en aquella hermosa mujer.

La nostalgia que sobrellevaba la ahogaba en alcohol mirando la noche desde su cuarto. A las 21:45 luego de llegar del hospital, abrió una botella de ron y comenzó la rutina nocturna. Esta vez fue diferente porque había pasado como un rayo la imagen de aquella curiosa mujer. Se hacía extrañas preguntas sin tener respuesta alguna. Miraba un punto en la oscuridad tratando de descifrar el enigma de aquella mujer. Sentía en ella algo superior, algo divino. Recordó cuando tocó su mano y cómo su cuerpo sintió un placer inexplicable. Sorbo a sorbo daba preguntas y respuestas inconclusas. Estaba ebrio cuando sintió un golpe en la puerta. Asustado dio media vuelta y caminó lentamente a ver quién interrumpía sus pensamientos. Tomó la perilla y giró suavemente; miró por el espacio y no vio a nadie. Sacó completamente su cabeza, y nada. Cerró de golpe y no prestando atención tomó de la botella un gran sorbo de ron. Se sentó y pensó que quizá sus preocupaciones eran las que habían provocado ese ruido en la puerta. Luego retomó sus cavilaciones y recordó la intención de asaltar el minimarket al verse miserable por haber dejado todo después de la muerte de Isabel, y el minuto en que se prestaba a hacerlo cuando cayó de bruces la muchacha. Todo esto lo estaba volviendo inquieto. Intentaba darle algún sentido, algo que tuviera explicación lógica. Estaba en esto cuando nuevamente sonó un golpe, pero ya no en la puerta, sino detrás de él, dentro de la habitación. Se quedó quieto y pensando que hacer. Volvió a sonar un leve golpe. No cabía duda de que era adentro. Tomó aire y despreocupado producto de la embriaguez se levantó bruscamente y comenzó dar gritos injuriosos, como si estuviera seguro de que alguien había entrado en la habitación. Después de un momento todo quedaba en silencio. El ron lo había tumbado en la silla y pensó que algo podía haber sucedido: cuando el abrió la puerta para ver quién golpeaba, alguien aprovechó esa oportunidad para entrar. Este pensamiento lo sacudió y creyó que alguien lo observaba. La habitación no tenía luz. Estaba en absoluta oscuridad y comenzó a experimentar el miedo a lo extraño. Quedó mirando fijamente en la oscuridad y vio que algo comenzaba a aparecer. Estaba nervioso y sus manos sudaban. En la penumbra se veía la silueta de una mujer vestida con un largo vestido blanco que arrastraba por el suelo. Se acercaba a Ray y este, temeroso, retrocedía. Ella daba pasos lentos y Ray no se percató que estaba por llegar a la ventana. De un segundo a otro la mujer estaba frente a él sin poder revelar su rostro completamente. Retrocedió un paso más y sin poder sujetarse, calló por la ventana ...

“¡Ayúdenme, ayúdenme!” , decía tendido sobre las hojas que había dejado el otoño. Reptaba para poder apoyarse y ponerse de pie, pero era casi imposible. Le faltaba el aire y su cuerpo estaba dolorido. Cuando el cansancio y la embriaguez lo abatieron, entró en un profundo sueño. Vio que una mujer se acercaba desde el bosque y le tendía su mano. Hizo un esfuerzo y logró levantarse. Ella lo guió por entre los árboles y se perdieron en el bosque dejando entre las hojas el cuerpo de Ray.